

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Quinto grado
Lengua y Literatura

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Quinto grado
Lengua y Literatura

Cantos nuevos

Federico García Lorca

Dice la tarde: "¡Tengo sed de sombra!"
Dice la luna: "Yo, sed de luceros."
La fuente cristalina pide labios
y suspiros el viento.

Yo tengo sed de aromas y de risas,
sed de cantares nuevos
sin lunas y sin lirios,
y sin amores muertos.

Un cantar de mañana que estremezca
a los remansos quietos
del porvenir. Y llene de esperanza
sus ondas y sus cienos.

Un cantar luminoso y reposado
pleno de pensamiento,
virginal de tristezas y de angustias
y virginal de ensueños.

Cantar sin carne lírica que llene
de risas el silencio.
(Una bandada de palomas ciegas
lanzadas al misterio).

Cantar que vaya al alma de las cosas
y al alma de los vientos
y que descanse al fin de la alegría
del corazón eterno.

Tomado de <https://goo.gl/7zGiYt> (20/07/2017)

Federico García Lorca (1898-1936). Poeta español miembro de la mítica Generación del 27. Es el mayor referente de la literatura española del siglo XX.

Leyenda de los sentimientos

Mario Benedetti

Cuenta la leyenda que una vez se reunieron en un lugar de la tierra todos los sentimientos y cualidades de los hombres. Cuando el Aburrimiento había bostezado por tercera vez, la Locura, como siempre tan loca, les propuso: —¿Jugamos al escondite?

La Intriga se levantó con los ojos fruncidos, y la Curiosidad sin poder contenerse preguntó:

—¿Al escondite? ¿Y cómo es eso?

—Es un juego —explicó la Locura— en el que yo me tapo la cara y comienzo a contar desde uno hasta un millón, mientras ustedes se esconden. Cuando yo haya terminado de contar, el primero de ustedes que encuentre ocupará mi lugar para continuar el juego.

El Entusiasmo se halló secundado por la Euforia. La Alegría dio tantos saltos que terminó por convencer a la Duda, e incluso a la Apatía, a la que nunca le interesaba nada. Pero no todos quisieron participar. La Verdad prefirió no esconderse; ¿para qué?, si al final siempre le hallaban. La Soberbia opinó que era un juego muy tonto (en el fondo, lo que le molestaba era que la idea no había sido suya), y la Cobardía prefirió no arriesgarse.

—Uno, dos, tres... comenzó a contar la Locura.

La primera en esconderse fue la Pereza que, como siempre, se dejó caer tras la primera piedra del camino. La Fe subió al cielo y la Envidia se escondió tras la sombra del Triunfo, que con su propio esfuerzo había logrado subir a la copa del árbol más alto.

La Generosidad casi no alcanzaba a esconderse; cada sitio que hallaba le parecía maravilloso para alguno de sus amigos: ¿que si un lago cristalino?, ¡es ideal para la Belleza!; ¿que si la rendija de un árbol?, ¡perfecto para la Timidez!; ¿que si el vuelo de una mariposa?, ¡lo mejor para la Voluptuosidad!; ¿que si una ráfaga de viento?, ¡magnífico para la Libertad! Así que terminó por ocultarse en un rayito de sol. El Egoísmo, en cambio, encontró un sitio muy bueno desde el principio, ventilado, cómodo...eso sí, solo para él

La Mentira se escondió en el fondo de los océanos (mentira, en realidad se escondió detrás del arco iris) y la Pasión y el Deseo en el centro de los volcanes. El Olvido... ¡se me olvidó dónde se escondió! Pero no es lo importante.

Cuando la Locura contaba 999 999, el Amor aún no había encontrado sitio para esconderse, pues todo se encontraba ocupado, hasta que divisó un rosal y, enternecido decidió esconderse entre sus flores.

—¡Un millón! —contó la Locura y comenzó a buscar.

La primera en aparecer fue la Pereza, solo a tres pasos de la piedra. Después escuchó a la Fe discutiendo con Dios en el cielo sobre zoología, y a la Pasión y al Deseo los sintió en el vibrar de los volcanes.

En un descuido encontró a la Envidia y, claro, pudo deducir dónde estaba el Triunfo. Al Egoísmo no tuvo ni que buscarlo; él solito salió desesperado de su escondite que había resultado ser un nido de avispas.

De tanto caminar sintió sed, y al acercarse al lago descubrió a la Belleza. Y con la Duda resultó más fácil todavía pues la encontró sentada sobre una cerca sin decidir aún en qué lado esconderse.

Así fue encontrando a todos: el Talento entre la hierba fresca, la Angustia en una oscura cueva, la Mentira detrás del arco iris... (¡mentira, ella estaba en el fondo del océano!), y hasta el Olvido, al que ya se le había olvidado que estaba jugando al escondite.

Pero solo el Amor no aparecía por ningún sitio. La Locura buscó detrás de cada árbol, bajo cada arroyuelo del planeta, en la cima de las montañas y, cuando estaba a punto de darse por vencida, divisó un rosal y sus rosas... Tomó una horquilla y comenzó a mover las ramas, cuando de pronto un doloroso grito se escuchó. Las espinas habían herido en los ojos al Amor y la Locura no sabía qué hacer para disculparse; lloró, rogó, pidió perdón, y hasta prometió ser su lazarillo.

Desde entonces, desde que por primera vez se jugó al escondite en la tierra, el amor es ciego y la locura siempre, siempre lo acompaña.

Tomado de <https://bit.ly/2LB5uOk> (05/07/2018)

Mario Benedetti (1920-2009). Escritor, poeta y dramaturgo uruguayo, perteneciente a la Generación del 45. Publicó numerosos relatos, novelas y poemarios durante su vida. Ha publicado *La Tregua*, *Gracias por el fuego*, entre otros libros.

El sapo de bronce

Julio Awad Yépez

—¡A-bu-rrri-dooo! —Mateo gruñe mientras patea la tierra. Para él, si hay algo peor que pasar el fin de semana en la finca de su tío, es pasar en la finca y estar castigado. “Todo por culpa de la insoponible de Eliana” se dice el muchacho, y la cara se le pone roja.

Al resto de su familia parece encantarle la finca, especialmente a Eliana. El clima es tibio todo el año y el viento sopla de manera lenta entre los árboles. El ambiente está cargado de trinos de pájaros y el chis-chis-chis de los aspersores que riegan los campos, lo que produce un rico olor a tierra mojada. A Mateo también le fascinaba ir a la granja de su tío hasta hace algún tiempo, pero ya tiene once años y hay cosas que le interesan más. Una de las cosas que ya no le interesan a Mateo es jugar con su hermana menor; por eso, cuando Eliana insistió en que jugaran juntos, él no quitó los ojos de su videojuego y dijo “piérdete”. La niña le sacó la lengua y le dio un golpe en el brazo, lo que provocó que el muchacho perdiera en su juego. Ahí empezó la pelea que terminó con algo que Mateo nunca le había dicho antes a su hermanita: “Te odio”. El castigo que le pusieron sus padres fue disculparse (lo que hizo sin sentirlo) y la prohibición de usar el celular y el PSP durante todo el fin de semana.

—¡Cómo la odio! —repite Mateo entre dientes. El chico camina hacia la bodega para ver si halla algo para entretenerse. Abre la puerta de madera y encuentra un montón de artefactos antiguos, todos cubiertos con una gruesa capa de polvo. Mateo se siente muy grande como para explorar esas maravillas. Sin embargo, en una esquina de la bodega, el muchacho encuentra algo que le llama la atención.

A pesar del polvo, todavía brilla la figura de bronce encima del mueble de madera. Mateo se acerca más. Diez discos de acero, del tamaño de monedas de un dólar, se encuentran apilados en una esquina de esa especie de mesa, de un metro de altura más o menos, con agujeros alrededor de la figura de un sapo sentado y con la boca abierta. Mateo quiere probar su puntería, así que decide sacarlo porque la bodega, aunque espaciosa, tiene demasiados obstáculos como para jugar tranquilamente.

Después de arrastrar el pesado juego, Mateo toma las diez fichas en su mano izquierda, da siete pasos largos, como le habían enseñado, y lanza las piezas a los agujeros. Apunta a la boca de sapo, la que da más puntos. Mateo lanza todas las fichas y luego las recoge de los canales que indican los puntos que ha obtenido. Se aleja de nuevo para intentar meter al menos una ficha por la boca del sapo. Trata una y otra vez. A veces está muy cerca, golpea la cabeza o el cuerpo del sapo, pero ninguno de los pequeños discos entra en la boca de la figura de bronce.

Luego pasa algo increíble. Mateo toma la última ficha que tiene en la mano, se concentra completamente, tensa los músculos de sus brazos y lanza el disco de acero. En milésimas de segundo, Mateo se da cuenta que ha hecho un lanzamiento perfecto, la ficha vuela directo a la boca del sapo. No hay nada que la detenga. El rostro del muchacho empieza a dibujar una sonrisa de triunfo... pero el sapo parece cerrar la boca y la ficha no entra. ¿Puedes imaginarte el susto que se pega Mateo? ¿Qué harías tú si ves un sapo de metal que puede moverse? Pues Mateo hace lo que cualquier muchacho haría. Sale corriendo a ver a sus papás.

Mateo entra a toda velocidad a la casa de la finca. Piensa gritar, pero se da cuenta de que quizás creyeran que se ha vuelto loco. Busca por la sala. Solo está Eliana leyendo un libro. Corre por toda la casa, pero no hay rastro de sus papás ni de su tío.

—¿Dónde están los demás? —pregunta Mateo a Eliana, todavía con rabia.

—Fueron a comprar algo para la merienda, ñaño —responde la niña, dejando el libro en su regazo. —¿Pasa algo?

—¡No! —Mateo responde con furia, pero después piensa que tiene que mostrarle a alguien lo que ha visto. —Bueno, sí. Ven a ver.

Eliana sigue a su hermano mayor hacia afuera. Corre por el corto tramo que separa la casa de la bodega y llegan adonde está el juego del sapo. Mateo se acerca con algo de miedo al juego para tomar las fichas; teme que el sapo se porte más dinámico que antes y salte sobre él para morderlo. Nada de eso pasa.

—Mira, Eliana —dice Mateo y lanza la primera ficha, que pasa como a treinta centímetros del mueble.

—¡Jajaja! ¡Qué mala puntería tienes, ñaño!

—¿Ah, sí? Pues inténtalo tú —Mateo le da bruscamente las nueve fichas a su hermana mientras va a recoger la que ha volado lejos.

Las fichas casi no caben en la manita de Eliana. La niña toma una ficha, entrecierra el ojo izquierdo para apuntar mejor, hace un par de movimientos con su mano y lanza. ¡Clin! La ficha suena contra el interior metálico del sapo. Esta vez el animalejo no cerró la boca. Eliana da saltos del gusto por los 4 000 puntos que ha conseguido. Mateo, en cambio, está medio molesto porque su hermana logró en un intento lo que él no pudo hacer como en cincuenta, y medio desconcertado, porque el sapo no se movió esta vez, o quizás lo hizo para atrapar el disco que lanzó la niña.

Mateo lanza la ficha que recogió del suelo, casi sin pensarlo. ¡Clin! Adentro de la boca del sapo. Hace una señal de triunfo con el puño y Eliana se acerca y abraza a su hermano. Eliana entrega cuatro fichas a su hermano y lanzan por turnos: ¡clin!, ¡clin!, ¡clin! Las diez fichas entran por la boca del sapo. Esta vez parece que se mueve para atrapar las piezas en el aire, como un perro atrapando un *frisbee*.

Cuando ya es hora de merendar, los niños dejan las piezas de metal para jugar al día siguiente. Mateo le pide perdón a su hermana por la pelea de la tarde. Los dos se abrazan y van a la casa de la finca. Detrás de ellos, la figura de bronce del sapo parece sonreír.

Tomado de Awad, J. (2015). *El sapo de bronce*. Quito: X Maratón del Cuento.

Julio Awad Yépez (1979). Escritor y editor ecuatoriano. En 2013 recibió el galardón Piedra negra sobre piedra blanca en Lima, Perú.

El anillo encantado

María Teresa Andruetto

Ifigenia tenía el cabello rubio como el trigo y unos ojos más azules que el lago de Constanza. Caminaba descalza a la orilla del agua. Era pálida y leve. Parecía hecha de aire. El emperador Carlomagno la vio y se enamoró de ella. Él era ya un hombre viejo y ella, apenas una muchacha. Pero el Emperador se enamoró perdidamente y olvidó pronto sus deberes de soberano.

Los nobles de la corte estaban muy preocupados porque nada interesaba ya a Carlomagno. Ni dinero. Ni caza. Ni guerra. Ni batallas. Solo la muchacha. A pesar del amor, Ifigenia murió una tarde de abril llena de pájaros.

Los nobles de la corte respiraron aliviados. Por fin el Emperador se ocuparía de su hacienda, de su guerra y de sus batallas. Pero nada de eso ocurrió, porque el amor de Carlomagno no había muerto. Hizo llevar a su habitación el cadáver embalsamado de la muchacha. No quería separarse de él.

Asustado por esta macabra pasión, el Arzobispo del imperio sospechó un encantamiento y fue a revisar el cadáver. Muerta, Ifigenia era tan hermosa como cuando caminaba descalza junto al lago de Constanza. La revisó de pies a cabeza. Bajo la lengua dura y helada encontró un anillo con una piedra azul. El azul de aquella piedra le trajo recuerdos del lago y del mar distante. El Arzobispo sacó el anillo que estaba escondido bajo la lengua. Ni bien lo tomó en sus manos, Carlomagno enterró el cadáver. Y se enamoró del Arzobispo.

El Arzobispo, turbado y sin saber qué hacer, entregó el anillo a su asistente. Ni bien el asistente lo tomó en sus manos, Carlomagno abandonó al Arzobispo. Y se enamoró del asistente.

El asistente, aturdido por esta situación embarazosa, entregó el anillo al primer hombre que pasaba. Ni bien el hombre lo tomó en sus manos, Carlomagno abandonó al asistente. Y se enamoró del hombre.

El hombre, asustado por este amor extraño, empezó a correr con el anillo en la mano, y el Emperador tras él. Hasta que se cruzó una gitana y el hombre le entregó el anillo.

Ni bien la gitana lo tomó en sus manos, Carlomagno dejó de perseguir al hombre. Y se enamoró de la gitana. Pero a la gitana se le cayó el anillo al agua.

Ni bien el agua recibió el anillo en su lecho, Carlomagno abandonó a la gitana. Y se enamoró del lago de Constanza, junto al que Ifigenia caminaba descalza.

Tomado de Varios autores. (2007). *Leer X leer. Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: PNL, Editorial Universitaria de Buenos Aires.

María Teresa Andruetto (1954). Poeta y narradora argentina. Su obra está dirigida a jóvenes y niños. Es la primera escritora argentina en ganar el premio Hans Christian Andersen. Entre sus novelas destacan *Stefano* y *Tama*.

No hables con la boca llena

José Eduardo González

Conteniendo como puedo la masa de comida alojada en mi boca, me dispongo a hablar, pero tía Berta se anticipa y me dice: “No hables con la boca llena”.

Presuroso, intento tragar lo más rápido posible, pero mi tía, que no pierde ocasión de instruirme, me dice severa: “No hay que masticar rápido, sino bien”.

Escondiendo a un lado de la boca la comida aún no tragada, voy a hablarle, pero ella lo advierte y vuelve a reprenderme: “No hables con la boca llena”.

Ya está. Mi boca se encuentra vacía; nada me impide dirigirle la palabra, pero mi tía, a quien nunca le faltan argumentos, me indica: “Respira bien antes de hablar, si no, tu cuerpo se llenará de gases”.

Siguiendo sus instrucciones, cierro la boca y aspiro por la nariz. “Ahora puedes hablar”, me dice tía Berta, cuya vestimenta oscura se recorta contra el fondo luminoso de la ventana.

Pero es tarde, porque un león, que escapó esta mañana del zoológico, la devora ya con fruición, emitiendo cada tanto algún rugido, sin preocuparse por las reglas de comportamiento en la mesa, ni por los beneficios de respirar correctamente.

Tomado de Varios autores. (2007). *Leer X leer. Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: PNL, Editorial Universitaria de Buenos Aires.

José Eduardo González (1948). Escritor, ingeniero químico y docente universitario argentino. Ha escrito cuentos y obras de teatro. Ha recibido varias distinciones.

Cuento tonto de la brujita que no pudo sacar el carnet

Ángela Figuera Aymerich

Era una brujita
tan boba, tan boba, que
no conseguía manejar
la escoba.

Todos le decían:
—Tienes que aprender
o no podrás nunca
sacar el carnet.

Ahora, bien lo sabes,
ya no hay quien circule,
por tierra o por aire,
sin un requisito
tan indispensable.
Si tú no lo tienes,
¡no podrás volar!
pues ¡menudas multas
ibas a pagar!
¡Ea! no es difícil.
Todo es practicar:

—Bueno... dijo ella
con resignación.
Agarró la escoba
se salió al balcón,
miró a todos lados
y arrancó el motor...

Pero era tan boba,
que, sin ton ni son,
de puro asustada,
dio un acelerón
y salió lanzada
contra un paredón.

Como no quería
darse un coscorrón,
frenó de repente...
y cayó en picado
dentro de una fuente:
se dio un remojón,
se hirió una rodilla,
sus largas narices
se hicieron papilla

y, como la escoba
salió hecha puré,
pues, la pobrecilla,
además de chata
se quedó de a pie.

Ya no intentó nunca
sacar el carnet.
Se quitó de bruja
y se puso a hacer
labores de aguja.

Tomado de <https://goo.gl/vrRaJr> (28/03/2018)

Ángela Figuera Aymerich (1902-1984). Poetisa española, estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Ha publicado *Mujer de barro*, *El grito inútil*, *Cuentos tontos para niños listos*, entre otras obras.

El oso marrón

Mempo Giardinelli

Mi papá me contó una vez esta historia, que yo repito como la recuerdo. Digamos que el tipo se llama Pat y es un granjero de New Hampshire, en los Estados Unidos, al que le gusta cazar osos. Desde hace años está empeinado en encontrar y abatir a un enorme oso marrón al que en la comarca todos llaman Sixteen Tons, que quiere decir “Dieciséis toneladas”.

Lo ha buscado y esperado innumerables fines de semana; lo ha perseguido con perros; lo ha rastreado durante infinitos días con sus infinitas noches y, en cada regreso frustrado, porque nunca ha dado con él, no ha hecho más que renovar su ansia de matarlo.

Sabe dónde, de qué y cómo se alimenta Sixteen Tons, qué costumbres tiene, por qué senderos anda. Pero jamás se topa con él, que evidentemente es un oso más astuto que Pat y que todos los cazadores de la región.

Durante los últimos tres años, obsesionado, el cabeza dura de Pat no ha hecho otra cosa que soñar su encuentro con el inmenso animal. Se ha comprado un rifle de alta precisión y mira telescópica; ha planificado paso por paso la cacería por los bosques de New Hampshire y hasta ha soñado el instante del disparo que liquida al gigantesco oso marrón, pero siempre algo le salió mal.

En la cuarta primavera, que parece ser la única temporada de caza autorizada, un amigo camionero lo encuentra al costado de la carretera que bordea las colinas boscosas que van de Lyme a Lebanon, dos pueblitos todavía cubiertos de nieve. Observa que Pat está llorando desconsoladamente junto a su camioneta y se detiene. Pero enseguida se da cuenta de que ninguna desgracia ha sucedido y, como sabe de la obsesión de Pat, con ligerísima ironía le pregunta si se trata de una nueva frustración, si es que tampoco esta vez ha podido dar con el oso marrón.

Pero Pat responde que no con la cabeza, y alcanza a decir que esta vez sí lo ha encontrado. Y en cuanto lo dice se suelta a llorar más intensamente y se suena los mocos en un sucio pañuelo. Y mientras el otro baja de su camión, Pat señala la cajuela de la camioneta y dice que llora porque le han sucedido dos cosas terribles, simultáneamente: la una es que finalmente ha dado muerte a Sixteen Tons; y la otra es que acaba de darse cuenta de que había llegado a querer tan entrañablemente a ese oso que ahora se siente un miserable.

Tomado de Varios autores. (2007). *Leer X leer. Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: PNL, Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Mempo Giardinelli (1947). Escritor y periodista argentino. Ha publicado una docena de libros entre novelas, cuentos y ensayos. Entre sus obras destacan *Santo oficio de la memoria*, *Luna caliente*, *El cielo con las manos* e *Imposible equilibrio*.

Celebración de la fantasía

Eduardo Galeano

Fue a la entrada del pueblo de Ollantaytambo, cerca de Cuzco. Yo me había despedido de un grupo de turistas y estaba solo, mirando de lejos las ruinas de piedra, cuando un niño del lugar, enclenque, haraposo, se acercó a pedirme que le regalara una lapicera. No podía darle la que tenía, porque la estaba usando en no sé qué aburridas anotaciones, pero ofrecí dibujarle un cerdito en la mano.

Súbitamente, se corrió la voz. De buenas a primeras me encontré rodeado de un enjambre de niños que exigían, a grito pelado, que yo les dibujara bichos en sus manitas cuarteadas de mugre y frío, pieles de cuero quemado: había quien quería un cóndor y quien una serpiente, otros preferían loritos o lechuzas y no faltaban los que pedían un fantasma o un dragón.

Y entonces, en medio de aquel alboroto, un desamparadito que no alzaba más de un metro del suelo me mostró un reloj dibujado con tinta negra en su muñeca:

—Me lo mandó un tío mío, que vive en Lima —dijo.

—Y ¿anda bien? —le pregunté.

—Atrasa un poco —reconoció.

Tomado de Galeano, E. (1993). *El libro de los abrazos*. Buenos Aires: Editorial Catálogos.

Eduardo Galeano (1940-2015). Periodista y escritor uruguayo de gran relevancia en el panorama latinoamericano. Entre sus obras más representativas se encuentran *Las venas abiertas de América Latina* y *Memoria del fuego*.

